

ITINERARIO DE ROGER CAILLOIS

(FRAGMENTOS)

ASISTIMOS CON ROGER CAILLOIS AL PROGRESO DE ALGO MUY parecido a la fe. Si ésta es una "adhesión total de la mente y del corazón" y anuncia la conquista de la reconciliación, en Caillois trabaja la certeza de que la materia y la mente, la naturaleza y el espíritu, *natura naturans* y *natura naturata*, no son en modo alguno instancias separadas sino manifestaciones de una misma fuerza unánime, consciente y lúcida. Este presentimiento, desarrollado luego con el orden del método, permite a Caillois el descubrimiento o la construcción de un lenguaje hecho de líneas diagonales que atraviesa los reinos mineral, vegetal, animal e imaginario. Sin incurrir en el fatalismo o en la predeterminación, Caillois se limita a exponer hechos, revela, desnuda. No se puede ocultar la preeminencia de la descripción en su obra. Se diría que a sus ojos el conocimiento no puede ir más allá de la descripción y que ésta sería el más alto logro de la gramática. Será precisamente la descripción, el lenguaje, lo que le permita acceder de un reino a otro. Roger Caillois pertenece a esa familia de espíritus que asumen la gramática como una disciplina espiritual superior y que consideran al lenguaje —camino y brújula— como un método privilegiado de conocimiento. El lenguaje, siempre invariable, se ocupa de todo, todo lo trata, todo lo ensaya. Esta sería una razón para pensar que, entre todos los géneros literarios, el ensayo es el que mejor expresa el carácter de la literatura como método de conocimiento; el ensayo como una de las variedades de la pedagogía.

La modernidad de la empresa de Roger Caillois, su riqueza y su novedad, nos vienen sugeridas por la variedad de disciplinas de que es precursor: es uno de los renovadores más dinámicos de la sociología moderna. La profundidad o la consistencia de Caillois nos la sugiere el hecho de que ha recorrido una enorme variedad de campos del conocimiento sin desplazarse de su sitio, sin renunciar a la literatura y al ensayo como formas de conocimiento. Por todo esto tiene algo de sabio versátil del Renacimiento. Y del Renacimiento tiene también una cierta inclinación neoplatónica que lo hace reconocer una misma forma invariable, una idea, no sólo detrás de fenómenos similares o de simulacros evidentes, sino, más allá, detrás de fenómenos de apariencia muy distinta y disímil: entre las modalidades de la novela policiaca y la vida y forma de los insectos, entre éstas y los ritos y los juegos, entre éstos y las formas de la imaginación, entre éstas y las piedras, entre éstas y el pensamiento. La erudición de Caillois es asombrosa por su riqueza y por su vastedad pero no se limita a los libros.

Pero no sé qué resulta más asombroso si la variedad de

temas y asuntos abordados por Roger Caillois a lo largo de su obra o la fidelidad esencial con que, a lo largo de decenas de libros, acecha el mismo misterio unánime: el de la sintaxis general que da, por así decir, unidad de estilo al universo. De la "lógica de lo fantástico" humano y no humano a *La escritura de las piedras*, pasando por el mito, las sectas, el poder, la historia de las mentalidades convergentes en la mitología del pulpo, la poesía de Saint-John Perse —para sólo enumerar algunos de sus temas— Caillois es fiel a la certeza de que "el tejido del universo es continuo y que no existe punto, en el inmenso laberinto del mundo, donde caminos incompatibles provenientes de antípodas mucho más radicales que las de la geografía, no puedan interferir en alguna intersección que revele repentinamente una estela común, portadora de los mismos símbolos, conmemorativa de fidelidades complementarias e insondables". La geografía intelectual dibujada por el escritor tanto como la geografía física recorrida por el hombre serían incomprensibles si no se les piensa en términos de una aventura y de una búsqueda espirituales y, en cierto modo, utilitarias. El camino que va del *Gran Juego* a la ronda surrealista y al Colegio de Sociología —para atenernos a los pasos iniciales— permite pensar que Caillois practica la curiosidad mucho menos en un sentido excéntrico que en el sentido terapéutico y aun sacerdotal latente en la etimología de esta palabra. Contra el pesimista precepto bíblico que hace del dolor uno de los atributos de la sabiduría, Caillois se inclinaba hacia un saber como remedio del alma. Como los estoicos, Caillois es un enciclopedista pero, a diferencia de ellos, es demasiado discreto para dar máximas de conducta, aunque —cuando la ocasión lo exige— no deja de recordarnos hasta qué punto son estoicas las tareas de la cultura y de la civilización. Por ejemplo en *Circonstancias*, publicado al concluir la guerra, razona: "Un alma animosa no debe irritarse ni desesperar ante las inundaciones o las sequías. Emprende sin tardanza la reparación de lo destruido. ¿Qué? ¿Recomenzar siempre? Sin duda. Sólo hay que saberlo y aceptarlo, esforzarse a pesar de todo por restablecer esos lazos leves con que la naturaleza desafía toda empresa. (...) No hay esfuerzos inútiles. *Sísifo hacia músculos*".

Al igual que los estoicos, Caillois es un filósofo —médico, es decir un individuo que cura diagnosticando acertadamente. Si el escritor es un desmitificador que desintoxica a los lectores purgándolos de creencias erróneas, entonces Caillois el sociólogo, el crítico del marxismo, del psicoanálisis, de la novela policiaca, de las sectas, es pariente del médico que cura con la verdad. Es dueño de una medicina universal en la

medida en que es dueño de una percepción capaz de reconocer las diversas manifestaciones de una misma enfermedad en los más diversos cuerpos. Esa medicina sin embargo, admite dos prácticas: la que guía la caridad y la que mueve el amor al conocimiento. Del primer ejercicio, Caillois ha dejado constancia en sus innumerables libros de sociología en los que, a partir de una *Fisiología de Leviatán*, se anticipa una reflexión que la sociobiología haría suya años después; del segundo nos hablan sus libros de creación propiamente dicha; la novela sobre *Poncio Pilato* y los libros que dedicó Caillois al final de su vida a las piedras. Desde luego, él mismo es consciente de esta dualidad. En uno de sus últimos y memorables libros, *El río Alfeo*, Caillois reconstruye su itinerario intelectual y espiritual. Ahí, para sorpresa del lector, Caillois designa como *paréntesis* poco significativo la mayor parte de su obra de ensayista y de sociólogo. Antes del paréntesis se registran algunos episodios de la infancia; después, los libros sobre el reino mineral. *El río Alfeo* es uno de los libros más hermosos y honestos que hayan sido escritos en el siglo XX. Se trata en cierto modo de una confesión, una narración —emparentada con *Las palabras* de Sartre— donde los personajes son las ideas, una novela de aventuras sobre esa aventura que es el conocimiento. El autor de más de medio centenar de libros nos dice que, para él, su obra ha sido un paréntesis, un entreacto. Esa interrupción le ha enseñado que es preciso establecer una jerarquía en el reino del pensamiento si no queremos vernos sumergidos por la jungla de lo que él llama peyorativamente *la cogitación*. Si las "raíces de los árboles hacen estallar hasta los rostros santos de los enormes budas de piedra", las propagaciones de la cultura amenazan a su vez a las más sólidas arquitecturas espirituales. A partir de la reflexión sobre su propia obra, Caillois nos entrega una filosofía de la cultura en el sentido más fuerte pero también en el más personal de la expresión. Esa filosofía se presenta literariamente, es decir se manifiesta sin la tentación del proselitismo. Se presenta como un saber —el saber del que no (se) ha engañado y ha sido fiel a una exigencia —ya no digamos de verdad sino de higiene y de limpieza. Pero ¿en qué consiste esa sabiduría, ese conocimiento que no se inscribe en la órbita del saber adquirido, que está fuera de su paréntesis? Es un descubrimiento en apariencia sencillo pero abismal: las ideas y el pensamiento son auto-complacientes, se reproducen a sí mismos con una exagerada indulgencia. Producen laberintos que desembocan en otros laberintos. "El pensamiento, al igual que la lectura es un vicio, más bien una droga impune. Yo estaba muy intoxicado." La intoxicación se manifiesta en una "efervescencia especulativa". Más aún: "La condición del pensamiento lo emparenta con la condición vegetal. Ante ese crecimiento desordenado de la cogitación, el pensamiento severo está inerme". Nada podría salvarlo sino el rigor del lenguaje, el respeto hacia la lengua materna. No se puede entender hasta qué punto es real y definitivo ese carácter vegetal del pensamiento a los ojos de Caillois si no se comprende que, para él, el lenguaje, la sociedad y la cultura son reinos tan vastos como el vegetal, el animal y el mineral, con leyes propias pero al mismo tiempo congruentes con las demás. De ahí, un antropomorfismo en cierto modo invertido que encuentra en "el hombre tanto la culminación de las energías sin duración como de las tentaciones y debilidades que existían antes que él",

un antropomorfismo que concede a la naturaleza un poder de fantasía e imaginación que prefigura en todos sentidos las obras y construcciones del hombre, una intuición nunca traicionada de la unidad diagonal que recorre al mundo y que a través de reiteraciones y de recuerdos, de trasposiciones y de ecos afirma su inteligencia unánime. Para Caillois, el reino del hombre es un reino no menos natural que el mineral o el animal; la industria y la cultura, vegetaciones no menos elementales. La lección verificada por Caillois enseña que el paréntesis no tiene límites: que más allá de los libros y de las obras se extienden en las entrañas de la tierra bibliotecas y museos del mismo modo que en los libros y las sociedades prosperan energías de los otros reinos.

La empresa de Caillois no es una empresa solitaria; por más singular que sea su vocación no sería difícil esbozarle un lugar en el conjunto de escritores de su generación. Tiene sin embargo otros hermanos en el mundo, otros precursores. Entre éstos últimos, Caillois se nos antoja un discípulo radical del alemán Georg Simmel en la medida en que ha intentado una sociología de la vida en el sentido elemental de la expresión. Por lo que hace a los primeros, podemos pensar que sus investigaciones lo hermanan con Elías Canetti: si en éste domina el tema de la pasión del poder, en Caillois quedará de relieve la investigación sobre las líneas de fuerza afectivas que dominan el movimiento del cuerpo social. Lo que hemos llamado la "fe" de Caillois —esa insistencia neoplatónica en reconocer la impronta del logos en la materia, el ideograma en el cuerpo, el signo en la conducta de cristales, vegetales y animales— hace de él un crítico a priori del Estado, un mordaz y tenaz desenmascarador de las ilusiones del progreso y de la filantropía tecnológica que rige a nuestras sociedades. Su insistencia, tan poco pragmática en apariencia, en buscar explicaciones estéticas y pasionales a los fenómenos míticos y miméticos lo debe conducir por fuerza a una visión ávida de dar cuenta de lo irracional de los procesos históricos y sociales, una visión en la cual, por ejemplo, el mimetismo entre la política y la tecnología desempeña un papel de mayor importancia que el que habitualmente se le presta. La idea de que el universo no es ilimitado, la vehemencia con que busca reconstruir el catálogo oculto del mundo lo emparentan en cierto modo con la cábala. Se adivina incluso una teología en ese afán por buscar leyes de la imaginación humana y de la fantasía material. Se advierte en sus escritos la idea de una creación bifronte tan pronto regida por el vértigo como por la simetría, ebria y sobria, distraída y obstinada, profusa en sus manifestaciones y avara en sus recursos. De ahí que en cierto modo comparta con Borges —a quien descubrió para la cultura francesa y con quien lo unen afinidades profundas en muchos sentidos— la idea del mundo como una vasta lotería cuyas leyes desconocemos y que sólo a veces, en virtud de una mirada diagonal, podría describirse adecuadamente. El acceso a las certezas —parece decirnos— depende de una economía estricta de las ciencias naturales y de las ciencias del espíritu.

Las relaciones de Caillois con la literatura son poderosas. Dedicó una buena parte de su vida a hacer un panorama de la literatura fantástica universal. Publicó con Jean - Clarence Lambert una antología todavía indispensable de los *tesoros de la poesía universal*. Pero, por otra parte, le interesan poco los escritores, la monótona mezquindad de las biografías.

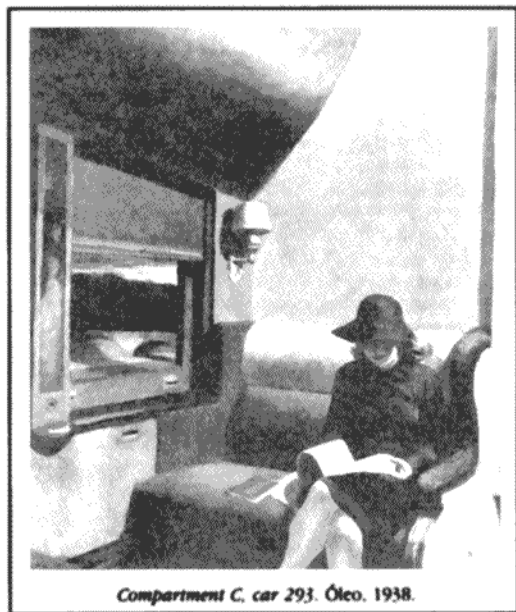
Parece que la literatura de imaginación los atrae menos como una forma de evasión que como la prueba de una sujeción ineluctable y profunda. Como muchos otros hombres del siglo XX, ha vivido obsesionado por la pequeñez del hombre que no es ni siquiera dueño de su fantasía. Quisiera descubrir el lenguaje que habla en el lenguaje, la fórmula que la naturaleza misma enuncia a través de sus formas y de la cual no está excluida, desde luego, la sociedad. Una visión de tal modo titánica, en el sentido elemental de esta palabra, sólo podría ser crítica. En muchos textos de Caillois se advierte como un encarnizamiento contra las debilidades de una civilización que se abandona y duda de sí misma. No en balde Caillois escribirá la etimología de pontífice y explicará en una página brillante hasta qué punto es necesario ser cuidadoso y piadoso cuando se tienden puentes sobre las aguas revueltas. Contra el hedonismo, Caillois propondrá una ortodoxia de la generalización: el sentido interdisciplinario como criterio de verdad. Una vez más, Caillois no está solo. El pensamiento diagonal de Roger Caillois se inscribe en el gran movimiento intelectual europeo que a partir de la primera guerra mundial hace un balance de la cultura y un juicio a la civilización a partir de la búsqueda de una racionalidad o, mejor, de una lógica no cartesiana, de un logo primitivo pero, al fin y al cabo, ya entonces demasiado humano. Los ensayos de Marcel Mauss, su maestro, los primitivismos de Picasso y de Dubuffet, el interés del surrealismo por algunos arcanos, leyendas, mitos y cuentos populares, la etnología arriesgada por Lévi-Strauss, la antropología de Dumezil, su amigo y maestro, evocan el conjunto en el que se mueve y define en el ámbito francés la obra de Roger Caillois. Pero tampoco son fortuitas las coincidencias que lo llevan a encontrarse trabajando, por así decir, con los mismos materiales y, en algunos casos con los mismos instrumentos que algunos de los mayores ensayistas y escritores de la primera mitad del siglo XX: ya hemos mencionado a Canetti, evoquemos a Jünger, a Borges y a Bateson. La observación de los insectos, la certeza de que los juegos, las máscaras y los disfraces son puertas seguras de entrada para acceder a una mejor comprensión del poder y de la guerra; la fascinación por episodios remotos de la cultura, la afición china, y la certeza de que éstos son reveladores necesarios de ciertos procesos de la historia contemporánea, la voluntad de clasificar, el ejercicio de la nomenclatura como una disciplina moral, la urgencia de encontrar leyes que nos permitan comprender la coextensividad sistemática del hombre y de la naturaleza, la idea de que el conocimiento es conocimiento del lenguaje y la historia de la lengua. Caillois pertenece a la familia de escritores que no quieren ni pueden ser ingenuos ante el mundo moderno. Su fe en la vocación civilizadora del hombre y en las virtudes humanizadoras de la civilización se expresa como una incredulidad y un escepticismo ante esta cultura y esta civilización.

Los títulos de sus libros recorren un abanico amplio pero congruente: *El hombre y el mito*, *Los juegos y los hombres*, *Instinto y sociedad*, *Fisiología de Leviatán*, para sólo mencionar cuatro títulos elocuentes nos lo presentan como uno de los innovadores de la sociología y uno de los precursores filosóficos de la sociobiología.

La curiosidad de Caillois fue genuina y generosa. Su pluma no lo es menos. Erudito conciso e investigador infatigable y

amoroso, es un enciclopedista en la tradición de Montesquieu. Pero más que un cautivo de la biblioteca es un hombre llamado a construir con el conocimiento, un arquitecto constructor de puentes entre los distintos reinos de la naturaleza y de la sociedad.

El contemporáneo y amigo de Bataille y de Leiris fue antes —no lo olvidemos— amigo de René Daumal, participante del Gran Juego donde el vértigo y el éxtasis merodeaban la experiencia de la muerte. De aquellas peregrinaciones hacia el Monte Análogo, Caillois guardará un sentido ascético del conocimiento, la convicción de que el conocimiento es en primer lugar limpieza y purificación y el arte, voluntad salutar de orden y de forma. No es extraño entonces que en su trabajo concebido bajo el signo de la verdad, se adivine una voluntad de higiene y salud. El rigor con que prosigue su ortodoxia diagonal se inscribe entonces en aquella "rectificación de las denominaciones" que es según Confucio la primera tarea del poeta y del escritor. Así, al desprender la no siempre delgada película de trivialidad que recubre al mundo, Caillois desemboca en un universo fracturado, sembrado de pasadizos y desfiladeros —y eso es lo importante—, elíptico y espiral. El universo intelectual de Caillois que sube por la escala del juego para abrirse paso hacia el mito y luego seguir una espiral de fatalidades que va de reino en reino y de disciplina en disciplina recuerda algunas veces el universo de Escher donde las leyes de perspectiva se estrellan en un mandala del sentido. De la sorpresa a la admiración y al análisis y de éste al éxtasis. Con justicia, al evocar el espíritu de Roger Caillois se ha hablado de una mística de la materia que, al contemplar, consagra y redime. Esa preocupación por las relaciones del hombre y lo sagrado es una de sus preocupaciones centrales ya que, él mismo lo dice, el resto es paréntesis sociológico, desviación de la verdadera y única tarea.



Compartment C, car 293. Óleo, 1938.